

El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.

SEGUNDA QUINCENA DE ABRIL.

Ayuntamiento de Madrid

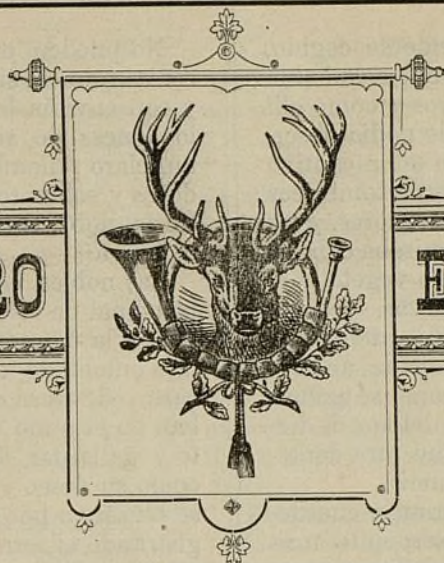
ADMINISTRACIÓN.

BISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

EL MONTERO

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

EXTREMEÑO

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

D. E. P.

Aflige en estos momentos al director de este periódico D. Luís Romero de Tejada, el fallecimiento de su señora hermana, tanto más sensible cuanto que era muy estimada por sus virtudes y las excelentes prendas de carácter que, al decir de los que la conocían, adornaban á la ilustre finada.

Esta redacción envía á su amigo y director el pésame más sentido por tan irreparable pérdida, y al reiterarle el testimonio del más sincero afecto, hace votos porque Dios haya acogido en su seno el alma de la difunta.

El Topo común.

(CONTINUACIÓN).

DESEANDO averiguar Flourens qué alimento prefería el topo, puso en una vasija llena de tierra dos de estos animales, dejándoles una raíz de sisimbrio: al día siguiente hallábase intacta, pero de uno de los topos no quedaba sino la piel. El vivo fué trasladado á otra vasija, en la cual parecía estar muy inquieto y hambriento; y habiéndole dado un gorrión que tenía las alas cortadas, acercóse á él presuroso, retrocedió al recibir algunos picotazos y precipitóse luego contra su víctima. Desgarró el vientre, ensanchó la abertura con sus patas y devoró la mitad del cuerpo por debajo de la piel. Flourens colocó luego á su lado un vaso lleno de agua; apenas lo vió el topo, empinóse sobre él y bebió con avidez; acabó de comerse el gorrión. y quedóse satisfecho al parecer.

Quitáronle entonces la carne y el agua; pero bien pronto dió señales de inquietud y de tener hambre y debilidad, pues olfateaba por todas partes con su trompa. Como le dieran un segundo gorrión vivo, abrióse el vientre como al otro, devoró la mitad y volvió á quedar tranquilo; al día siguiente comióse los restos de la víspera, con más una rana, y al mediodía aquejábale de nuevo el hambre. Diéronle entonces un sapo; pero apenas le hubo olfateado, infló su cuerpo, apartando el hocico cual si experimentase una repugnancia invencible, y no lo quiso comer. Al otro día murió de hambre el topo sin haber tocado el sapo, ni las zanahorias, ni la col y la lechuga que le dieran. Otros tres topos que Flourens encerró, dejándoles hojas y raíces, perecieron también de hambre. Los que fueron alimentados con gorrones, ranas, carne de vaca y cucarachas, vivieron largo tiempo. Una vez encerró diez individuos en una habitación, sin darles alimento: poco después el más fuerte comenzó á perseguir al más débil; al día siguiente habían devorado á este último; y así fueron desapareciendo, hasta que sólo quedaron dos, uno de los cuales hubiera devorado al otro, si no se les hubiese dado de comer.

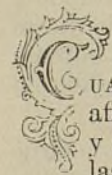
Oken alimentó á un topo cautivo con carne picada, cruda ó cocida: no comía pan ni vegetales; y habiéndole dado un compañero declaróse al momento la guerra entre ellos. Ambos topos se lanzaron uno contra otro; cogiéronse por la boca y se mordieron durante algunos minutos, hasta que el segundo comenzó á huir, perseguido por su adversario. Oken preparó para el nuevo huésped una especie de escondrijo con un tarro de confitura, que colocó por la noche en la jaula. Al día siguiente halló al topo sin vida sobre la arena: había salido sin duda de su agujero, y fué muerto por el primer habitante de la jaula, no porque tuviese hambre, sino impulsado por su perverso instinto. Veinticuatro horas después sucumbió el otro topo también, aunque no de las heridas que recibiera, sino por la violenta excitación que experimentó en la lucha.

Lenz encerró á un topo recientemente cogido, sin herida alguna, en un cajón donde solo había una capa de tierra de 6 centímetros y como allí no le era posible abrir galerías, se le podía observar fácilmente. A las dos horas de estar cautivo se comió un número considerable de lombrices de tierra; cogíalas entre las patas anteriores, y las iba limpiando á medida que las estiraba con los dientes. Rehusó siempre el alimento vegetal y el pan: comía caracoles, insectos, larvas, orugas, crisálidas carne de pájaros y de mamíferos. Al octavo día le echó Lenz una gran culebra; acercóse al momento y la mordió; pero como se agitase en extremo, desapareció el topo debajo de tierra, si bien volvió á salir á poco, dió otra dentellada á su enemiga y ocultóse de nuevo.

Esto duró unos cinco ó seis minutos; enardecióse por fin el topo y cogió á la serpiente, mas á duras penas pudo desgarrar su piel. Tan pronto como hubo abierto brecha, animóse más y más; sirvióse de sus patas anteriores para agrandar el agujero; sacó el hígado y los intestinos, y no dejó al fin más que la cabeza, la columna vertebral, algunos pedazos de piel y de cola. Esto sucedió por la mañana: á medio día se comió un caracol, que tenía la concha rota y poco después dos crisálidas; á las cinco horas ya tenía hambre, y le dieron una culebra de 80 centímetros de largo. El topo hizo con ella lo mismo que con la anterior; la cogió y se la comió, sin dejar más que la cabeza, la piel, el esqueleto y la cola. No se quiso echarle una víbora, porque sin duda le hubiera dado muerte: no tardó en sucumbir, pero fué debido á una casualidad. Lenz cree que debajo de tierra, donde el topo tiene más valor que estando cautivo y en presencia del hombre, no temería acometer á una víbora que encontrase aletergada por su sueño invernal.

(Continuará.)

Cetrería.



CUANDO al recorrer en compañía de nuestra afición y de nuestros recuerdos, la clásica y antigua tierra de España; al contemplar las torres y castillos cuyas ruinosas almenas se destacan como gigantescas atalayas en la cumbre de los montes; al tropezar con las piedras de murallones derruidos, testigos de gloria y de grandeza que no se han renovado todavía, viene instintivamente á nuestra memoria el recuerdo de aquellos tiempos venatorios que servían de ejercicio á los grandes señores de aquella época.

La casa solariega con la familia y el hogar artesonado, el campo de batalla con sus glorias y el monte vecino con sus fieras de caza mayor y menor, son el resumen del mundo para aquellos hombres que hicieron un templo de sus castillos, una religión de su profesión y de la caza un noble esparcimiento, un estado social, por decirlo así, y una ocupación constante cuando la patria no reclamaba el auxilio de su brazo.

No pueden evocarse memorias del pasado y ser cazadores, sin fingirse en la mente con pena y con envidia los preparativos, la animación y los lances de aquellas famosas cacerías en que tan claro renombre adquirirían los hidalgos cazadores y sobre todo las alegres cabalgatas de cetrería, noble caza en que las damas tomaban parte activa.

Las nobles castellanas constituían el encanto principal de la expedición, y no se limitaban como en la montería á presenciar desde un andamio entoldado con ramas, las peripecias de la caza y destreza de los monteros, sino que llevaban en el puño un halcón, un azor ó un gerifalte y gallardas amazonas en caballos ardientes como su deseo y rápidos como sus pensamientos se lanzaban por las escabrosidades del monte registrando el terreno, quitando la caperuza á sus aves á medida que empujaban las piezas de caza al descubierto de la llanura. Entonces empezaba en los aires el acto primero del drama y deteníase la comitiva con objeto de contemplar las astucias del animal perseguidor y perseguido. Todos los ojos se fijaban en un punto, y era de ver la habilidad de los caballeros en llamar al pájaro, y el legítimo orgullo que sentían al contemplarle sumiso y obediente depositar el fruto de su fiereza á los pies de la dama que así designaba el doncel como señora de sus pensamientos. Y seguía la partida con igual ardor presenciando á cada paso nuevos episodios, hasta que la noche y no el cansancio, hacía volver grupas á los cazadores para comenzar al siguiente día.

Pero llegó uno, por desgracia, en que la cetrería cayó en desuso, rompiéndose de improviso una costumbre de que solo nos queda la tradición y en una tierra como la española, empedrada de gloriosos recuerdos venatorios, patria del rey Sábio, de aquel rey que declaró que al buen linaje del caballero debían ser inherentes la afición y la destreza en la caza (1).

A la constitución noble y caballeresca de la España de nuestros días falta para completarse, el ejercicio de la caza de cetrería, profesado y practicado, si no en la forma, en el fondo al menos, que lo verificaron nuestros antepasados. Hay aún naciones europeas como Alemania, Inglaterra y Holanda, donde la cetrería es aún un arte distinguido y un recreo del gran mundo, no olvidado por completo ni llegado el caso como sucede en nuestra patria, de haber colocado en la triste categoría de aves de rapiña á los halcones y demás aves que tan bonita diversión proporcionan.

El día en que viésemos cruzar el aire al azor y al gerifalte para venir á dar con su presa en medio del lucido escuadrón de jinetes; el día en que viésemos la mano femenina y aristocrática cubierta con la histórica pihuela, lanzar al espacio el ave cazadora y animar con su presencia y sus sonrisas á los noveles, porque todos lo seríamos en el arte que nos ocupa, ese día sería venturoso para nosotros, como españoles amantes

(1) «Escogidos deben ser los caballeros de los venadores de monte que son homes que sufren grande laceria.» (Partida 5.^a, ley 2.^a)

de nuestra historia, como hidalgos apegados á las tradiciones caballerescas de otros tiempos, y como cazadores entusiastas de un género de caza que vendría á soldar gloriosamente lo que nunca se debió romper.

M.

Polémica interesante.

Dos señores Díaz Macías y Rabal han sostenido en nuestro colega *El Eco de los Barros* una polémica sobre asuntos cinegéticos.

No ha llegado á nuestro poder más que la réplica del segundo de dichos señores, y por esto, y por conocer muy á fondo las condiciones de carácter del primero y el círculo de sus aficciones, suponemos que merecerán ser dignos los escritos de que los saboreen los aficionados á la buena literatura.

Trátase, en efecto, de dos escritores galanos que manejan admirablemente el habla castellana, que tienen merecido renombre en el campo de las letras, y que han de haber dado á la polémica, como se desprende de lo único que conocemos, altos vuelos y motivos para que interese su lectura.

Por otra parte, las distintas aficciones de los contrincantes dificulta el que se pongan de acuerdo.

El Sr. Rabal muéstrase aficionado á la caza en todas las formas, siempre que no se tome como vicio que implique el abandono de los deberes del hombre. Pinta los atractivos de la naturaleza donde puede servir de palenque al cazador, y se entusiasma describiendo las bellezas del campo, adornado con lo que *él solo* ha producido. Flores silvestres de aroma delicioso, árboles y arbustos de forma variada que en combinaciones caprichosas suspenden el ánimo, y hacen más y más agradable aún el motivo que lleva á aquellos sitios.

Después de esto, los mil lances que proporciona la caza con sus múltiples accidentes, inexplicables para el que no es aficionado, y más inexplicable aún el deleite que con ellos se experimenta.

Repetimos que no ha llegado á nuestro poder ninguno de los escritos del Sr. Díaz Macías; pero como la antigua y cariñosa amistad que á él nos une nos ha proporcionado en más de una ocasión medios de estudiar y conocer sus aficciones, podemos, seguramente, sin gran mengua de la verdad, suponer cuáles hayan sido las razones por él expuestas.

No se explicará, por cierto, que el *placer de asesinar* á un inocente animalillo, traiga en ocasiones aparejadas infinitas molestias que exceden de lo que la higiene reclama; y que á veces las decepciones son el pago que recibimos en cambio de todas ellas, porque ni aún la ocasión se presentó de probar la destreza en el manejo del arma, ó no hubo una perdiz *cándida* que respondiera al insidioso canto del reclamo.

A más, si la diversión se logra, dirá, ¿qué condición es ésta del hombre que le lleva á tener como deleite matar con verdadero ensañamiento?

¡La Naturaleza! Nuestro amigo pensará que bien se contempla en esos deliciosos parques, todo simetría, todo flores escogidas llevadas allí de luengas tierras, y cultivadas por la esmerada mano de habil jardinero que las trata como á niñas mimadas; y devuelven, por tanto desvelo, aromas y colores. Calles de árboles tapizadas por mullida alfombra de musgo no menos cuidadosamente cultivado, ó formadas por menuda arena que no lastimaría ni levemente los pies de las doncellas más delicadas, ni haría la menor huella en la piel suavísima del calzado de nuestras damas.

¿Fiestas campestres? Deliciosas son las que se verifican en los *chalets*, donde no falta ni el piano que dá armonías, ni el *lunch* servido en rica y artística vajilla, ni los dueños de casa, modelos de distinción y cortesía que no olvidan *ni perdonan* la más leve de las exigencias sociales. Fiestas á las que hay que acudir en coche ó á caballo, con indumentaria arreglada al último *figurín* de primavera: camisa y traje de colores adecuados y calzado que no será cómodo, pero es vistoso y cual *debe ser*.

Nosotros tomamos puesto con el Sr. Rabal; se nos antoja aquello el producto *legítimo*, ésto la falsificación, ó cuando más la imitación pomposamente presentada para que compita con la verdadera obra de arte. La fotografía de un paisaje y el paisaje mismo.

Describir, en un periódico para cazadores, el desarrollo de una expedición cinegética, desde el caminar al cazadero en la forma que se puede, aún á *lomos de un mal rocín*, hasta el regreso en igual forma, acortando la distancia con los chispeantes comentarios á que han dado motivo los lances del día, fuera una verdadera redundancia.

Todos nuestros lectores llenarán este hueco y establecerán la comparación en la que seguramente nuestro partido saldrá ventajoso.

T.

Los eternos proscritos.

DLAGIANDO el pensamiento de uno de nuestros grandes poetas, que al recordar los abismos cubiertos de rosas, siempre abiertos en el camino de la belleza, exclamó filosóficamente: *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!* así nosotros, al ocuparnos hoy de la raza que calificamos de proscrita, no podemos menos de exclamar también para dar principio á este artículo: *¡Ay infeliz del que nace conejo!* porque no hay ni puede haber seres en el universo cuyas condiciones de vida sean tan tristes y azarosas como la de los pobres conejos.

No parece sino que el santo y seña de todos los cazadores y los que no lo son, es el aniquilar una casta de animales que son la sal y pimienta del monte, sin pensar que más había de sentir el hombre la extinción que los individuos que

representan la especie. La escopeta, los perros, la trampa, los lazos, el hurón, las redes y demás medios no se dan punto de reposo, no se dejan de la mano día y noche un mes y otro en tiempo vedado como en tiempo de caza, sin detenerse un momento siquiera en la obra de destrucción cuyas consecuencias no son difíciles de averiguar, y que sin remedio vemos venir los buenos cazadores con no poca pena.

Es imposible meditar sobre la azarosa vida que arrastran los conejos; el peligro para ellos está en todas partes; en la vega que atraviesan, en la mata que los esconde y en el monte que se guarecen. La muerte les amenaza en todos los actos de su existencia, ya estén dormidos ó despiertos, ya bostecen de fastidio en el fondo de las madrigueras ó ya se paseen en busca de tiernos retoños ó de amores que les sirvan de fugitivo consuelo. La muerte los acecha siempre con su guadaña, bajo la forma de una garra, de un hilo de alambre, de una escopeta, de un perro, etc.

Para contrarrestar tan formidables adversarios no les ha dado Dios más defensa que la agilidad, impotente en la mayoría de los casos, y cierto instinto de astucia que su triste condición les ha desarrollado.

La tierra, clemente con los demás animales, rehusa defenderlo hasta cuando los recibe en su seno, porque hasta él van á atacarle sus enemigos. Vejetan melancólicamente en la superficie, sin otro recurso que confundirse con el suelo donde se aplastan y se embuten, presos de esa enfermedad horrible que se llama *miedo*. El sueño, si tal nombre merece en ellos, no es más que una fase de su larga agonía, y comienza para los conejos á la hora en que dá principio la vida de animales inofensivos como él, en que los pájaros celebran la dicha de haber visto el nuevo día, embriagándose con su calor y con la luz brillante del astro grande.

La Naturaleza ha condenado á los conejos á una vigilancia perpétua, negándoles hasta la opacidad de los párpados, que tanto favorece el reposo. Duermen con las orejas levantadas conservando en su adormecimiento una predisposición al terror y á la agonía. El leve ruido de una hoja movida por el viento les despierta con sobresalto, pero no se atreven á moverse por temor de que el mismo movimiento revele su presencia. Si los infelices sueñan, es seguro que soñarán siempre con redes, con tiros, y hasta el soplo de la brisa les fingirá el aliento del perro que vá á destrozarlo entre sus mandíbulas. Si además de esto reflexionan despiertos, se preguntarán á sí mismos, llenos de angustia, qué delito han cometido para verse privados de la calma y quietud que son la base de los goces terrenales.

A pesar de las torturas de su existencia, ningún animal obedece más religiosamente el precepto soberano del Creador «creced y multiplicaos»

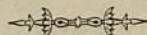
¡Pobres animales y cuántos sinsabores les aguardan desde que dejan la cama mullida en que nacen para asomar su preciosa cabeza por la boca de la gazapera ó conejeral

Poseída la célebre artista Mariana Leconvreur de la metempsicosis de los séres, explicándole so-

bre este tema al mariscal de Sajonia, le preguntó éste á la hermosa dama bajo qué forma volvería él á aparecer en la tierra. La célebre trágica le contestó que Dios no podría menos de imponer el más cruel castigo á su belicosa intemperancia y que probablemente lo convertiría en conejo.

—¡Malos ratos me aguardan, exclamó el galante vencedor en Fontenoy, pero los sobrellevaré gustoso si os tengo á vos en el fondo de mi madriguera!

M. M.



Crónica de caza y pesca.

De Lupus á T.



MIGO mío: Haga favor de arreglar como le sea posible el número de EL MONTERO. Mis muchas ocupaciones me impiden á mí hacerlo. Su amigo, L.

Las Marradas 30 Abril 96.

De T. al público.

Muy señor mío: Establecido Lupus en la colonia de Las Marradas, me saluda con la epístola que encabeza esta crónica, que será tal por ocupar el puesto de las crónicas, pero no porque yo haya de oficiar de cronista en hechos de los que no se me ha dado conocimiento.

Supongo que la veda, guardada *escrupulosamente* por todos, porque siendo españoles respetaremos la ley como en esta tierra se suelen respetar todas (ejemplo la del sufragio) se enmohecen las escopetas y descansarán las jaurías hasta el deseado 15 de Agosto.

Lupus mismo, aún establecido como está en uno de los cotos de más caza que hay en estos alrededores, dedicará su tiempo á destruir alimañas y dejará descansados á los pobres conejos.

De aquel que yo sé que ha violado la ley saltando con el *violín* á la espalda y la escopeta debajo del brazo (no aludo á ningún maestro), sufrió doble castigo, porque sobre no matar nada, si no anda listo lo caza á él la benemérita, y cuenta que tiene esta señora bromas muy pesadas.

No se llama Guerrero el aludido, pero sí lleva ese nombre el perdigón cuya historia se cuenta en la nota que copio:

Un caso curioso, ocurrido á un cazador de jaula.

Una tarde del mes pasado salió á cazar la perdiz un aficionado con un macho de dos celos (llamado *Guerrero* por lo valiente que siempre demostró ser), propio de D. José Nogales López, de Montánchez, y como de costumbre. en el momento de estar el cazador en el aguardo, empezó á reclamar al campo, el cual al poco tiempo le contestó, animándose uno y otro hasta que el del campo se puso á la vista del cazador.

De pronto, empezó á desazonarse, saltar y querer escaparse el perdigón del repostero, al mismo tiempo que el del campo desapareció á

peón muy deprisa, todo lo cual extrañó al cazador y se incorporó en el aguardo á ver lo que motivaba aquello y nada vió, por lo cual volvió á sentarse, aunque el perdigón no se tranquilizaba.

Al poco tiempo sintió un vuelo bajo, que resultó ser de un águila, que se afianzó á la jaula quitándole el moño y haciendo padecer al perdigón lo que debe figurarse el lector, y máxime sabiendo que de un arañazo le adelantó la pelecha en una lista buena desde el papo al pico, y hubiera concluido con él si no se hubiera espantado la fiera á las voces que el cazador le dió, pero tan ciega estaba, que no arrancó á volar, y sí se bajó al suelo, donde el cazador le asestó un tiro tan certero que no se movió, y agarrado al tiro como suele decirse, quedó el perdigón de la jaula, cuchicheando cual si le hubieran matado una perdiz del campo después de bien trabajada.

Viendo el cazador que el pájaro ya estaba tranquilo completamente, salió, volvió á colocarle el moño á la jaula, recojió el águila al aguardo, donde á fuerza de trabajar mucho y bien el perdigón, consiguió atraer y le mataron dos perdices machos y una hembra, con lo cual queda demostrado que el perdigón *Guerreiro* es de toda prueba y que bien merece el nombre que lleva.

Reconocido el perdigón de la jaula, resultó ile-sa la carne, pues solo lo desplumó según se lleva dicho.

El águila, medida de punta á punta de las alas, dá una longitud de 1 metro 12 centímetros y las uñas de 5 centímetros.

Antonio Lancho.

Alcuescar.

Las carpas han hecho su aparición, pero tímidamente, pues se han pescado bastante pocas.

La pesca del jaramugo ha tenido algún provecho, pues son bastantes los peces de más de seis kilogramos que se han cojido.

B. L. M. al respetable público,

T.

La sequía.



o han conocido las generaciones que viven ningún año en que no haya llovido en el mes de Abril, así como tampoco se registra en la historia de la meteorología ninguno en que menos altura haya alcanzado el agua llovida en el trimestre de Enero á Marzo.

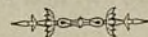
El año 63 fué el más escaso, y con lo que en él llovió se hubiera mejorado mucho el aspecto desolador que al presente ofrecen nuestros campos.

Todo está completamente agostado sin esperanzas de cosecha sino es de algunas cebadas.

En todas partes se celebran rogativas para implorar la terminación de esta calamidad y la no menos grande de la guerra de Cuba. En Madrid se ha descubierto el cuerpo de su patrón San Isidro, ceremonia que hacía muchos años no se celebraba.

Noherleosom anuncia que lloverá en los primeros días de Mayo. Es de celebrar que acierte porque en algo podrían remediarse los daños que en los campos existen. También ganaría la salud pública, muy quebrantada al presente con la epidemia de la *grippe* que á nadie respeta y que en algunas localidades está causando gran mortalidad.

El problema de la miseria se presenta aterrador para el próximo invierno y aún hoy lo es ya en algunas localidades, y las autoridades estudian los medios de conjurarlos.



Sección de noticias.

Parece que la Guardia civil, con un celo digno de alabanza, no omite ocasión de hacer respetar la ley de la veda, denunciando á sus infractores.

Es el único medio de que la caza no se extinga, y es, pues, necesario que se aplique con perseverancia y sin ningún género de contemplaciones.

La inmigración de codornices ha sido escasa este año, y no parece ser más numerosa la de tórtolas.

Esto trae disgustados á los cazadores, porque es la única caza á que pudieran dedicarse en esta época.

Nuestro querido amigo don Emilio Sánchez nos escribe una atenta carta que por su amplitud no podemos dar cabida en las columnas de EL MONTERO, en la que nos manifiesta haber dado muerte de un solo tiro á un conejo y dos perdices.

Esta triple carambola que nosotros no nos explicamos, la ha llevado á cabo en los cortijos de Rubiales.

Prometemos á nuestros lectores dar explicaciones sobre tan raro caso.

Muchos de los aficionados á la caza de la perdiz con reclamo, han preparado ya el *hijo adoptivo* para su perdiz. Difícil será que el celo de la hembra no guarde relación con el del macho en sus malos resultados por este año.

Don Emilio Sánchez antes aludido, nos enteramos á última hora del caso que ha estado á pique de borrarlo del libro de los hombres guapos. El accidente es vulgar. Caer de cabeza de lo alto de un burro y entre una mata de ahulagas cuyas espinas suponemos se las estará extrayendo todavía.

A la hora de cerrar el presente número no sabemos el resultado del nuevo ensayo practicado por el amigo Lupus para cazar pegas con aguardiente.

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.

